

EL CABECILLA.

El cura acababa de decir misa cuando le presentaron los prisioneros. Era en un paraje abrupto del monte Arichulegui. Una roca caída, en cuyos senos hundida gigantesca higuera sus retorcidas raíces, servía de altar, sobre el que, en lugar de paño, habían extendido una bandera carlista franjeada de plata. Dos jarritas desportilladas hacían las veces de vinajeras. Cuando Miguel, el sacristán que ayudaba a misa, se levantó para pasar los Evangelios, oyóse el chocar de los cartuchos en la bolsa de municiones. En derredor, los partidarios de D. Carlos formaban silenciosos, con el fusil en bandolera, y arrodillados sobre sus boinas blancas. Un sol magnífico, sol de Pascua Florida, concentraba sus rayos deslumbradores en aquel hueco de roca, ardiente y sonoro. A intervalos, un mirlo blanco interrumpía las salmodias del clérigo y de su monaguillo. En lo alto, sobre el pico festoneado, recortábanse en el cielo las siluetas inmóviles de los centinelas.

¡Extraño espectáculo el de aquel sacerdote, jefe de una partida, oficiando entre sus soldados! ¡Cómo se leía en su rostro la doble existencia del cabecilla! Su tez bronceada de guerrillero acentuaba la dureza de las facciones; su aire de asceta carecía de la palidez que imprime la sombra del claustro; sus ojos eran negros y brillantes; tenía la frente surcada por enormes venas, especie de cuerdas que parecían anudar el pensamiento fijándolo en una obstinación irreducible. Siempre que se volvía hacia los asistentes, abiertos los brazos, para decir *Dominus vobiscum*, veíasele el uniforme bajo la estola, y la culata de un revólver y las cachas de una navaja que levantaban su sobrepeliz arrugada. "¿Qué es lo que hará con nosotros?", se preguntaban aterrados los prisioneros. Y esperando que terminara la misa, recordaban todos los actos de ferocidad cometidos por el cabecilla, actos que le habían dado una reputación extraordinaria en el ejército carlista.

¡Qué milagro! Aquel día hallábase el cura inclinado á la clemencia. La misa al aire libre, el triunfo de la víspera y además las alegrías de Pascua, que aun influían en el ánimo de aquel extraño sacerdote, reflejaban en su rostro un rayo de júbilo y de bondad. Apenas terminó el oficio, y en tanto el sacristán quitaba el altar, y guardaba los vasos sagrados en un cajón que llevaban sobre el lomo de un mulo detrás de la partida, el cura se acercó á los prisioneros. Había una docena de carabineros republicanos, abatidos por un día de combate y una noche de angustias, sobre la paja del establo en donde les habían encerrado después de la acción. Lívidos de miedo, muertos de hambre, de sed y de cansancio, estrechábanse unos contra otros como un rebaño en el patio del matadero. Sus uniformes, manchados de heno; sus correajes desordenados, descompuestos por la huida y por el sueño; el polvo de que estaban cubiertos desde el pompon del ros hasta la punta de los zapatos amarillentos; todo contribuía á darles la sinistra fisonomía de los vencidos cuyo desaliento moral se adivina en la postración física. El cabecilla los miró breve rato con una sonrisita de triunfo. Agradóse ver á los soldados de la República humildes, amarillentos, harapientos, y comparólos con los carlistas bien comidos, bien vestidos, bien armados, bien ensesados.

jefe!, resonaban en la montaña. ¡Pobres diablos! ¡Habían tenido tanto miedo á morir, y eran tan tentadoras las tajadas que cerca de ellos humeaban á medio asar ante los fuegos de vivac, que paliéncian á la claridad del día! Creo que el pretendiente jamás fué vitoreado de tan buena gana.

—Que les den en seguida de comer, dijo el cura riendo. Cuando los lobos gritan con tanta fuerza, es que tienen los dientes largos.

Los carabineros se marcharon. Pero uno de ellos, el más jóven, permaneció delante del jefe, en actitud altiva y resuelta, que contrastaba con sus facciones afeadas y el suave bozo, apenas coloreado, que cubría sus mejillas como polvo blanquicino. El capote, demasiado grande, le formaba arrugas en la espalda y en los brazos, y de puro ancho hacía parecer más flaco y más jóven. Ardía la fiebre en sus rasgados y brillantes ojos, ojos de árabe, encendidos por el coraje español, y la fijeza de su mirada molestaba al cabecilla.

—¿Qué quieres? le preguntó.
—Nada. Espero á que decida V. de mi suerte.

—Tu suerte es igual á la de los otros. No he exceptuado á nadie. Todos estáis perdonados.

—Los otros son traidores y cobardes.... Yo soy el único que no ha gritado nada.

El cabecilla se estremeció y miróle cara á cara.

—¿Cómo te llamas?
—Antonio Vidal.
—¿De dónde eres?
—De Puigcerdá.
—¿Qué edad tienes?
—Diez y siete años.

—Se conoce que la República no tiene hombres cuando necesita quintar á los niños.

—No he entrado en quintas, padre.... Soy voluntario.

—Mira, pillastre, que tengo más de un medio para hacerte gritar: ¡Viva el rey!

El niño tuvo un ademán soberbio:

—¿A que no digo.
—¿Preferes morir?
—Cien veces.

—Está bien.... morirás.
Entonces el cura hizo una señal, y el piquete formóse enfrente del sentenciado, que no pestañeó. Aquel rasgo de valor impresionó al jefe.

—¿No tienes nada que pedirme antes? ¿Quieres comer ó beber algo?

—No, respondió el niño; pero soy buen católico, y no quisiera presentarme ante Dios sin haberme confesado.

El cabecilla tenía puestas todavía la sobrepeliz y la estola.

—Arrodíllate, le dijo, sentándose en una roca.

Los soldados se apartaron de aquel sitio, y el sentenciado empezó diciendo en voz baja:

—Bendígame V., padre, porque he pecado....

Pocos momentos después de empezada la confesión, estalló terrible tiroteo á la entrada del desfiladero.

—¡A las armas! gritaron los centinelas. El cabecilla saltó de su asiento, dió órdenes, distribuyó sus gentes, y destacó las guerrillas. Sin quitarse la sobrepeliz, echó mano á un trabuco, y al volverse apercebido al niño que seguía de rodillas.

—¿Qué haces ahí?

—Espero la absolución.

—Es verdad, dijo el cura. Me había olvidado de tí.

Y con gravedad levantó la mano y bendijo aquella cabeza de niño inclinada; después, antes de marcharse, buscó con mirada al piquete, que se había dispersado en el desórden del ataque; echó un vistazo atrás, apuntó á su penitente, é hizo señas sobre él á boca de jarro.

ALFONSO DAUDET.

ESTUDIOS HISTÓRICOS
SOBRE
LA FIEBRE GRIEGA.

CONCLUSION.)

III.

Es necesario de un poeta que en el combate contra los persas, venían á haber menester otro que celebrase la hazaña de Escilio se inspira batallando; Só-

foeles, cantando con los jóvenes alrededor de los trofeos. La sublimidad y la valentía son caracteres propios de las obras de aquel, en tanto que las de éste, perdiendo algo de lo divino, se mantienen en la esfera de lo heroico, en la cual sin embargo sabe conservar la grandeza y dignidad que requiere la tragedia.

Los atributos de los personajes de Eschilo son los mismos de la edad heroica, y sólo se dan á conocer por una cualidad ó rasgo notable. Sófoeles no pudo prescindir de presentar en escena muchos de los personajes que figuraban en las tragedias de su predecesor, sin que le fuera dado desfigurarlos; mas no sólo estos héroes aparecen desarrollándose por sí mismos y siguiendo el curso de la acción, sino que crea otros que expresando tendencias opuestas y sentimientos contrarios á los antiguos, dan más vida, animación é interés á sus dramas, con la lucha del valor físico divinizado por una parte y la estimación moral por otra; la astucia y habilidad políticas del lado de allá y del lado de acá la franqueza y la buena fe.

Siete tragedias, producciones maestras del arte dramático que en su vejez compuso Sófoeles, es lo que conservamos únicamente. La *Antígona*, noble por el arrojo y austeridad de la protagonista, en quien se concentra todo el interés de la acción.—*Electra*, semejante á la anterior en el absoluto predominio de un carácter sobre todos los demás.—*Las Traquinianas*, admirable por ser una protesta contra la esclavitud, si bien es inferior en mérito literario á las obras de la *Abeja ática*.—*El Edipo Rey*, la más dramática, la más artística de todas, aunque no la más bella.—*El Ayax*, quizá una de las más sencillas, sin carecer por esto de pasión.—*El Filocetes*, la más importante de todas bajo el punto de vista histórico, porque en ella es donde más fielmente se retrata el antagonismo entre los sentimientos antiguos y los nuevos, personificados aquellos en Ulises y éstos en Neoptolemo.—Y por último, *Edipo en Colona*, precioso himno en honor de Atenas y deada que el ingenio de Sófoeles pagaba á la humildad aldea donde nació, cuya obra tiene algunos puntos de semejanza con *Los suplicantes* de Eschilo.

El progreso en las creencias se manifiesta muy claramente. La perfidia, el fraude, la mentira, son patrimonio de los dioses, de que se aprovecha Eschilo á cada paso para explicar el nudo y cuyos defectos personificados hace intervenir como único modo posible de desenlazarlo. Las divindades de Sófoeles son superiores; la idea de la Justicia Divina, que ya en tiempos anteriores comenzaba á entreverse, como en otro lugar dijimos, aparece aunque imperfecta de una manera evidente. Así Júpiter no se limita á castigar la perfidia, sino que la castiga en Hércules, su amado hijo. Este progreso realizado en el órden religioso influye á su vez en todo los demás; y los sentimientos (en los cuales la religión como tocante al amor obra más directamente) se engrandecen y dulcifican. Véase en efecto la gran figura de Antígona, heroína á la vez que mujer, negándose á cumplir la órden del Senado de dar sepultura á Eteocles y dejar abandonado á las aves de rapiña el cuerpo de Polinice y pronunciando aquella divina frase: *Mi corazón sólo sabe amar, no aborrecer*. Verdadera predicción del Paganismo, advinando los preceptos del Evangelio.

La oposición y contrariedad entre lo antiguo y lo nuevo está, como ya hemos dicho, notablemente representada en la tragedia *Filocetes*. Tres son los personajes que tienen importancia en la sencilla obra que examinamos: Ulises, Neoptolemo y Filocetes. La lucha que éste mantiene consigo; el cuadro de sus dolores físicos y morales, exacerbados por la sospecha de que Neoptolemo le engaña, hacen las situaciones tan sentimentales y de un efecto tan sorprendente, que cautivan. Ulises, simbolo del heroísmo y Neoptolemo de la lealtad y la franqueza, son los términos de un precioso contraste, con que Sófoeles sabe vivificar el interés de que carece el asunto en sí. Comienza Neoptolemo á dejarse arrastrar por Ulises, en lo cual se muestra el *humanismo* naciente en tanto oscurecido todavía por las sombras del heroísmo que va desapareciendo; pero se repone al punto y pronunciando una valiente sentencia que condensa el estado general de la conciencia pública, marcha decidido á devolver las armas arrebatadas al héroe á despecho de Ulises que le amenaza con vengarse.

Merece especial mención *Las Traquinianas* más por las ideas que contiene que por su mérito artístico. *Deganira* frenética de celos y *Hércules*, envenenado por la túnica del centauro Neso, llevan en su desarrollo poca unidad á la acción, que no ofrece además interés suficiente para sorprender, por más que los dos caracteres estén pintados de gran manera. Pero si como obra dramática y como de importancia relativamente á las demás, la tiene inmensa, atendiendo al sentido en que se inspira. La esclavitud, negro fondo sobre el cual se destacan todos los pueblos antiguos, despierta sentimientos humanitarios en el corazón de Sófoeles y se vale de *Deganira* para manifestarlos: "*Siento profunda compasión á la vista de estas*

mujeres desgraciadas, errantes en extranjero suelo, sin padres, sin asilo, pasando tal vez de una dulce libertad á una ignominiosa esclavitud."—Pero hay más aún; si el espectáculo de la esclavitud le conmueve, el de la guerra le horripila y le arranca profundas imprecaciones.

Sófoeles, en suma, no fué el poeta del héroe, sino del hombre, pero del hombre ideal tal cual lo imaginaba. Contribuyó al progreso de las creencias con la *Antígona*; humanizando el heroísmo con el *Filocetes*; compadeciéndose ya que no curando las llagas que á la sociedad corroían en *Las Traquinianas*, cumple misión altísima; y gran parte de la gloria que merece la literatura griega por el contingente allegado á la civilización, toca al ingenio que conoció su pueblo con el nombre de *Abeja ática*.

IV.

No es fácil marcar con toda exactitud la gradación descendente que existe entre las producciones dramáticas de Sófoeles y las de Eschilo; mas la que se advierte entre éstas y las de Eurípides es palmaria y á todas luces evidente. Que la sublimidad, carácter distintivo de la tragedia, se va perdiendo; que el entusiasmo heroico desaparece por completo, es innegable; pero no basta esta patente decadencia para hacernos partidarios de la casi general opinión de que Eurípides carece del genio de los otros dos, aunque para ello se alegue la poderosa razón de haber sido contemporáneo de los mismos. *Melece*, *Ifigenia* y *Las Bacantes* no son producto natural de medianos ingenios.

Motivos hay que explican satisfactoriamente el capital defecto que presentan las obras del filósofo del teatro griego, consistente en suplir con afectación retórica, sentencias morales y discusiones oratorias, el interés poético.

Quando se examina con atención el destino providencial que un individuo viene á cumplir en la historia, se observa que los medios para su realización, hasta el más minucioso detalle, aparecen como providenciales tambien. Exasperado el espíritu guerrero, natural en el pueblo, en la lucha contra los extranjeros y una vez éstos derrotados, comenzó á ser aquél causa de terribles luchas interiores. Contra tal estado, que precipitaba la ruina de la nacionalidad helénica, se levanta protestando en la esfera dramática el *Racine* griego; que ni más ni menos que esto significan los grandes pensamientos de sus composiciones, en que la caridad sustituye á la venganza—de manera harta limitada aún—y las grandes y elevadas lecciones que desde la escena prodigaba, á las cuales han osado apellidar *pero acciones á lo abogado* algunos críticos ganosos de alcanzar fama de aristarcos.

La enseñanza que recibió Eurípides de Pródico y Anaxágoras y acaso de Sócrates fijó sin duda la dirección de sus ideas. La notable diferencia que existe de la Filosofía sobre el Paganismo, es la que ha cierto modo de este poeta sobre Eschilo. La célebre locución: *Mortal, ¿como quieres guardar un odio inmortal?* resume el progreso realizado.

Nos quedan, de los noventa y dos, según unos, y según otros setenta y cinco dramas que escribió Eurípides, diez y ocho tragedias, algunos fragmentos y un drama satírico. Son dignas de citarse entre ellas la *Melece*, por la viva pintura de los celos y desesperación de la esposa de Jason; *Ifigenia en Táurida*, por el ardiente sentimiento que la anima; *Las Fenicias*, aparte de otras bellezas, tiene una situación interessantísima en la entrevista de Eteocles y Polinice.

Alceste, algunas de cuyas escenas juzgaba el mismo Racine inimitables, es la producción que en lo patético, propio de su autor, aventaja á todas las antiguas.

No nos detemos á examinar una por una las particularidades que literariamente presentan los dramas mencionados. Nos limitaremos á exponer sólo el sentido general á que obedecen, las causas de la decadencia artística en este órden y cómo, á pesar de aparecer nombres de poetas dramáticos como los de Ion, y Aqueo, puede ser considerado Eurípides el último de los trágicos griegos.

V.

Al comenzar hemos visto nacer la tragedia en la patria de Homero como obligado engendro de los sentimientos, espíritu y tendencias que traía á la vida el pueblo griego y que desarrolló mediante su comunicación con el Oriente. Pues bien; no vayamos á buscar fuera de la Historia las causas del proceso ascendente y descendente del arte dramático. La genialidad de la raza helénica es un elemento esencial que embellece todas las manifestaciones del espíritu; pero este poder y facultad necesita objeto sobre el cual se desenvuelva, y las luchas con el Oriente y la obligada exaltación del ánimo inspiran los cantos bélicos en todos los géneros de la poesía, hasta la dramática, síntesis de todos los demás. Y en éste hemos visto que Eschilo es el órgano destinado á la expresión de ese primer estado guerrero; él es el poeta heroico del Teatro. A tal situación siguen inmediatamente grandes y gloriosas empresas, se suceden sin interrupción las victorias; é inspirándose más en los lauros alcanzados que en el esfuerzo empleado para conseguirlos, trocando el arrojo y valerosa energía de Eschilo en serena majestad y elevación de tono, apare-